

## Pregón 'Chanín' Galindo - San Gregorio 2025

Buenas noches, señor alcalde, concejales y concejales, autoridades, y por supuesto a todo mi querido pueblo de Telde. De corazón, muchas gracias por estar aquí esta noche tan especial para mí, pero, sobre todo, para todas y todos los que llevamos este lugar tan bonito de San Gregorio en la sangre y en el corazón.

Les voy a ser sincero... si me ven temblar, no es de frío, son los nervios. ¡Ahora entiendo a algunos clientes míos cuando se sentaban en la silla, yo con navaja en mano, y nos poníamos a debatir sobre algún tema importante! En ese momento, se les ponía la cara igual que la que debo estar poniendo yo ahora mismo aunque a mi favor, tengo que decir que nunca le moché la oreja a ningún cliente. ¡Ni una! Están todos enteritos, doy fe.

Para quienes no me conocen, mi nombre es Sebastián Galindo, aunque en este pueblo todo el mundo me conoce como Chano, el barbero. Nací aquí, en Telde, un 1 de febrero de 1948, en la calle Lepanto, soy el más pequeño de nueve hermanos y si algo puedo decir con orgullo es que he corrido, jugado, amado y vivido en estas calles que tanto quiero.

Yo siempre he pensado que no hay historia pequeña cuando se cuenta con el corazón. Y esta es la mía: la de un hombre sencillo que, sin imaginarlo, acabó formando parte de la historia cotidiana de este pueblo. Cuando era un chiquillo,

no fui yo quien decidió mi futuro... como era normal, en aquellos tiempos, fue mi padre quien decidió por mí.

No sé si algunos de los que están aquí se acordarán, pero cuando yo tenía apenas 13 años, mi padre habló con Panchito Falcón, barbero de Telde, y me mandó con él a aprender el oficio. Yo no sabía nada de barbería, ni había visto una tijera en mi vida. Mi trabajo era dar jabón, barrer, afilar las navajas (que todavía aún tengo algún recuerdo de ellas en mis manos) y, con suerte, pillar alguna propinita.

Pero tenía algo que no se aprende en ninguna academia: tenía ganas y actitud y dicen que quien quiere, puede. Así que puse empeño, me esforcé y, al poco tiempo, ya me defendía solo. Fue entonces cuando Manuel Vega, que tenía una barbería en El Calero, me ofreció mi primer trabajo con sueldo. Imagínense la ilusión... poder llevar un dinerito a casa para ayudar a mis padres y hermanos.

Éramos una familia humilde, pero nunca faltó un plato de comida para nadie. Y si venían dos más a comer un día, mi madre, con echarle más agua al caldero de potaje, dos cucharadas más de gofio y el ingrediente secreto del amor... lo arreglaba todo.

Estuve cuatro años en la barbería de Manuel, pero luego llegó la hora del servicio militar. Tengo que decir que me libré de muchas maniobras porque, al comentar que era barbero, me pusieron a “tomarle el pelo”, incluso a los altos mandos.

Al regresar, mi hermano —que se enteraba de todo porque trabajaba en lo que llamábamos los coches piratas— me dijo que la barbería de Gerónimo Ravelo, en la calle Ruiz Muñiz, se estaba traspasando. Así que respiré hondo, di el paso y me convertí en dueño de mi propia barbería.

En aquellos tiempos, las barberías eran algo más que un sitio para cortarse el pelo. Eran el centro de información del pueblo. Hoy ustedes tienen redes sociales, pero en aquella época la red era la barbería. Si querías enterarte bien de todo, más te valía pasarte por allí. Si alguien se casaba, si alguien fallecía, si había tocado la lotería... todo se sabía ahí, entre tijera y tijera.

Cuando llegaban las vísperas de San Gregorio, no cabía un alfiler en la barbería. Todo el mundo quería lucir impecable, con sus mejores galas, bien peinado, para ir a la plaza a bailar y, de paso, echarle el ojo a alguna muchachita.

Y las calles... ¡ay, las calles! Se llenaban de banda a banda. Los bares tenían guitarras improvisadas y cualquiera se arrancaba a cantar. Eran tiempos de alegría sencilla, de fiesta de verdad. Y fue en 1968 cuando encontré a alguien que me aguantaría más de lo que dura un corte de pelo y una afeitada. Encontré a quien ha estado a mi lado en las buenas y en las malas: mi compañera de fatigas, de risas, de lágrimas y de vida: mi mujer Emilia.

Nuestra primera cita fue aquí mismo, en el quiosco de la música. Y desde entonces, nunca me ha soltado la mano. Gracias a ella tengo lo más importante que me ha dado la vida: nuestros tres hijos: Emilio, Roberto y la niña de la casa, Noelia. Mis tres motores, mis razones y mi orgullo más grande.

Y hoy quiero mirarla —sí, a ti, Emilia— y darte las gracias. Por esperarme tantas Nochebuenas y tantos fines de año asomada en la ventana, esperando a que llegara para cenar en familia, mientras yo estaba en la barbería, con la tijera en mano, cortándole el pelo a algún cliente de última hora al que no podía decirle que no. Gracias por aguantar mi ritmo de trabajo, por confiar en mí y por empujarme siempre hacia adelante. Sin ti, este pregón no estaría ocurriendo. Y sin ti, yo no sería quien soy hoy.

Retomando la historia —que me pierdo en la emoción—, el corte de pelo costaba dos pesetas y media, así que ya se pueden imaginar todas las horas que había que trabajar para que no faltara de nada en casa. Y más con tres hijos, que no daban tregua. Emilio y Roberto se apuntaron pronto. Con apenas 12 años ya estaban en la barbería, aprendiendo el oficio... y también, por qué no decirlo, metiendo algún que otro tijeretazo que yo, con mucha discreción, tenía que arreglar después. Y lo que es la vida... muchos años más tarde, fueron ellos los que arreglaron algunos de los míos.

Con los años, entre los tres fuimos levantando un negocio familiar. Un lugar donde no solo se cortaba el pelo, sino donde se escuchaban historias, se daban consejos y se compartía la vida. Fue entre cuatro paredes donde muchas personas dejaron de ser clientes para convertirse en parte de mi familia.

He tenido la suerte de tener un trabajo que siempre me ha gustado. Un oficio que no solo me dio de comer, sino que me enriqueció como persona, que me permitió conocer a gente maravillosa, compartir historias, risas y superar desafíos que también formaron parte del camino.



Pero también les digo la verdad... no todo era fácil. Ser barbero era mucho más que cortar pelo y afeitarse barbas. Eran muchas horas de sacrificio, de estar fuera de casa, incluso hasta el punto de pasar días sin ver a mis hijos despiertos. Salía temprano, cuando todavía la casa dormía, y regresaba tarde, cuando ellos ya estaban soñando. Solo libraba un día a la semana: los domingos.

Y aún así, sacaba fuerzas de donde no las había para estar con mi familia. Porque esos domingos eran sagrados: playa, campo, compartir con ellos... y aprovechar cada minuto como si fuera oro. Eso sí, hasta los domingos había tijera. Eran los días en que me levantaba temprano para ir a visitar a personas enfermas y arreglarlas un poquito. Porque enfermos sí... pero feos y con melenas, ¡nunca!

Recuerdo una vez, con mucha claridad, haberle cortado el pelo a un hombre y, apenas dos horas después, alguien vino a decirme que había fallecido. Y me quedé ahí... perplejo, con esa sensación de haber compartido con él sus últimas risas. Eso me enseñó que mi trabajo no era solo un oficio... era un lazo con la vida de la gente.

La barbería se convirtió en mi segunda casa y mis clientes, en una segunda familia. Y cuando llegó la jubilación, no les voy a mentir... me sentí un poco vacío. Me costaba no abrir las persianas cada mañana. Así que —como muchos ya saben— tenía que pasar por allí igual, aunque fuera solo para saludar, charlar un rato y sentir ese olor a barbería que me ha acompañado toda la vida.

Pero también tuve que aprender a bajar el ritmo, a vivir de otra manera, desde la tranquilidad. Y Dios me ha dado la gran oportunidad de disfrutar estos últimos doce años de jubilación con mi mujer, mis hijos y mis seis nietos, que me alegran la vida cada vez que entran por la puerta. Y cuando eso pasa... ya no hay tijera que valga, ahí solo hay abrazos.

Y mientras la barbería crecía, también cambiaba Telde. Más casas, más gente, más negocios. Pero hay algo que no ha cambiado ni debe cambiar jamás: Ese aroma de pueblo que se resiste a desaparecer. Esa forma de abrir las puertas a todo el mundo, como si nos conociéramos de toda la vida. Eso es lo que nos hace únicos.

Por eso, vecinas y vecinos, no cambien esa esencia. Y si cambian, que sea siempre para mejorar, para sumar, para unir y nunca para dividir. Porque eso es lo que nos caracteriza como teldenses.

Antes de terminar, quiero dar las gracias a este grupo de Gobierno por darme este honor tan grande. A mi mujer y a mis tres hijos, por ser mi base, mi alegría y mi fuerza. A mis 6 nietos por darle color a mis días y enseñarme una nueva visión de la vida. A quienes trabajaron conmigo en la barbería y a cada persona que pasó por allí a cortarse el pelo, a afeitarse, a charlar, a reír y a compartir. A los que están... y a los que ya no están, pero siguen conmigo aquí, en el corazón.

Y ahora sí... con su permiso, señor alcalde, autoridades, vecinas y vecinos...

¡Que empiecen las Fiestas de San Gregorio 2025!

¡Viva Telde! ¡Viva San Gregorio! ¡Y viva nuestra gente buena!